

Aspirar el primer día



La noche anterior era difícil dormir. Entre hermanos, nunca faltaba esa complicidad de saberse juntos ante la espera. Y la expectativa generada con los preparativos de los días previos nos salía por los poros. Todo estaba preparado para el gran día: el uniforme, planchado; la mochila, repleta de cuadernos recién forrados con papel araña; los zapatos, lustrados y las ganas de empezar, a flor de piel. Más no podíamos pedir.

Esa mañana, hasta el aire olía diferente. Y siempre hacía calor el primer día de clases. Éramos protagonistas pero también, espectadores. Entre la ansiedad y la excitación, absorbíamos cada detalle, sin perder uno solo. La clase nueva, los bancos, la bandera, las caras tan familiares de los maestros de años anteriores, los amigos de siempre y los que estaban por comenzar a serlo. Descubríamos novedades en escenarios ya conocidos, paredes recién pintadas, plantas recién plantadas y miles de carteles dándonos la bienvenida y alentándonos a comenzar un nuevo año con ganas y alegría. Todo, todo entraba por los ojos y permanecía grabado en nosotros.

Y la sensación de estreno duraba varias semanas, o quizás meses. Ser chico era lo más grande. Empezar las clases era un hito que marcaba una nueva etapa y que se repetía año tras año sin perder nunca su encanto. Preparar a un hijo para su primer día es una excusa para revivir esas sensaciones e inflarnos de ansiedad de nuevo. Sentirnos protagonistas y testigos, esta vez con el valor agregado de los años vividos. Y aspirar nuevamente cada detalle, sin perder ni uno, aunque sea por un día.

ROSARIO LANUSSE
DIRECTORA

